



Entrevista Mario Cavalla

Es con agrado que contacto a Mario Cavalla, periodista, escritor e investigador y lo hago desde la conexión que tenemos con el oficio, ya que nosotros como Fundación Planea tenemos por misión la enseñanza y práctica de los oficios como medio para acceder a una vida más sustentable; y Mario, por su parte publicó el 2012 Historias con oficio, donde rinde homenaje a ciertos personajes que rescatan un momento histórico y una forma de vivir que pone en valor ciertos oficios.

La segunda parte de Historias con oficios ya está en el horno y habiendo transcurrido 8 años desde su publicación original, es que quiero invitarlo a una reflexión respecto a los temas que nos convocan; cultura y oficio.

-Cuéntanos Mario ¿Qué destacarías de nuestra historia local respecto a los oficios que nos dan identidad?

-Que es muy interesante la forma como se van articulando. Generalmente surgen desde una necesidad social como sucedía, por ejemplo, en la época de La Colonia con los serenos o los aguateros. Y de la misma forma que estos aparecen también desaparecen porque la actividad mutó o el progreso los hizo retroceder. Lo que me fascina es la forma en que muchos oficios se fueron tematizando, ocupando zonas del país, transformando incluso a una comunidad completa que vive y desarrolla una actividad económica en torno a su conocimiento y que pasaron a ser un enclave reconocible para el mundo turístico-patrimonial. Hay historia y sabiduría. Ahí tienes el caso de Rari y su artesanía en crin de caballo; Quinchamalí y su alfarería en greda negra o las zonas dulceras de Curacaví o La Ligua que son ejemplos tangibles hasta hoy.

-En estos tiempos que nos toca vivir, ¿Cómo ves que el paso del tiempo les otorga importancia a los saberes que viven en los oficios?

-El tiempo no es benevolente, nunca lo ha sido y ejerce una ruda presión donde no respeta espacio ni lugar. El implacable avance del reloj debería ser capaz de ser una prenda de garantía pero no siempre respeta a los saberes. Ese intangible vive en constante amenaza y parte de la preocupación es que ese manantial de conocimiento se diluya, se extinga.



El saber es poderoso y al mismo tiempo frágil, ya que necesita de una contención social que lo valore, que no deje que se salve solo, que tenga un foco, una plataforma robusta que lo exalte.

Hay que asistir ese saber, comprenderlo, apapacharlo, no dejarlo a la deriva, asfixiarlo o exponerlo al olvido. Necesitamos que el saber no quede abandonado a su suerte.

Dejemos que la oralidad haga su trabajo y ayudemos que, por ejemplo, el artesano traspase su conocimiento al hijo y este a su vez al suyo, tal como las recetas que la abuela anotaba en un cuaderno y luego regalaba a sus hijos. Conforme pasan los años el saber debe aprender a envejecer, situarse a los nuevos tiempos y si es necesario reinventarse. Yo miraba el caso de Zenén Vargas, artista que hizo fama pintando los históricos letreros de micros con una técnica similar al “fileteado” bonaerense. Pues bien, el tiempo quiso que su oficio se viera amenazado con la llegada del Transantiago. Quedó sin trabajo, pero detectó que si servía para comunicar en otro ámbito. Y así sus letreros hoy son material de culto en peluquerías, restaurantes, emporios y cafeterías.

-Tomando el caso del zapatero de Neruda, Guillermo Torres Sandoval, un oficio en franca extinción. ¿Cómo ves que han sido percibidos este tipo de oficios en Chile y cómo esto se podría revertir hoy en día?

-Históricamente han sido visto como trabajos pintorescos, simpáticos, que son necesarios en la vida diaria, porque tienen alma, son dignos, contribuyen al acervo cultural e identitario del lugar donde desarrollan su arte. Se les quiere y respeta. Pero se necesita mucho más que detectarlos, llevar una mera estadística, retratarlos para un fotolibro o hacer notas de prensa. Hay que blindarlos, darles herramientas para que su trabajo tenga vigencia y visibilidad; incentivar al aprendizaje del mismo oficio y generar condiciones para que puedan sustentarse económicamente. Recuerdo haber leído un reportaje hace muchos años sobre los fabricantes de relojes cucú en una ciudad alemana equis. Los artesanos estaban envejeciendo y abandonando el oficio porque económicamente ya no era tan rentable y se sentían abandonados. Al cabo de una generación iban a desaparecer todos. Entonces el Estado se hizo cargo del problema y asumió una política de protección, les rebajó impuestos sobre sus productos, creó espacios para su difusión, financió talleres para los nuevos interesados en aprender el oficio y plataformas multimedia para la venta de sus productos. Eso permitió, además de mejorar las ventas, poner en valor el oficio y asegurar la sucesión tras la jubilación de los mayores. Fue una operación de salvataje mayor, pero creo que es la forma de hacerlo.





-Reparar, zurcir, enmendar, regenerar son verbos que se conectan con el momento actual. ¿Qué crees que debemos replantearnos como sociedad?

-Pienso que la Pandemia ha permitido dos cosas: sentirnos más vulnerables y hasta más humildes por cuanto se ha forzado la austeridad ya que las familias están preocupadas de lo más esencial, el instinto básico: alimentarse, estar sano y sobrevivir. Nada más importa. Eso lo engancha inmediatamente con la olvidada sensación de vivir a escala humana donde las cuestiones domésticas cobran sentido y se valorizan. Hoy no están a la mano las comodidades, hay cuarentenas y no todo es comprable como un acto reflejo de mera satisfacción.

Hemos vuelto a cocinar comida casera, a descubrir el color, aroma y sabor de los alimentos, a conectarnos con el vecino almacenero, a valorar una camisa bien planchada, a conversar con el conserje y el jardinero. Hay menos prisa, de la misma forma que el zurcidor o el reparador de calzado devuelven la vida a las prendas. Los oficios que nos convocan acentúan precisamente eso, una sociedad de otro tiempo que no vive en función del reloj, que se permite transiciones, que opera desde la lógica desde lo genuino y que humanizan la relación con un cliente donde la transacción económica, el pago, es el último acto de una cadena donde el cómo se vuelve tan importante como el fin. Hay que ver si en cuanto recobremos los hábitos que teníamos antes del confinamiento vamos a ir un paso más lento o nos subimos de nuevo al carrusel sin haber aprendido nada. Estamos frente a una gran oportunidad.

-De los oficios que encontramos en este momento en Chile, ¿Cuáles crees tú que son los que está peligrando severamente?

-Todos los que en este minuto tienen recambio tecnológico y no pertenecen a la cadena de abastecimiento alimentario. En esa cuerda se me viene inmediatamente a la cabeza el mundo textil y de la manufactura. Prácticamente ya no quedan las famosas “singeristas” a quienes se les contrataba para coser prendas en las fábricas de ropa, porque hoy todo se importa, lo mismo que la modista que cosía para las familias, hacía las bastillas de los pantalones, ajustaba los ternos o diseñaba los vestidos de graduación o matrimonios. Lo mismo los zurcidores que sobreviven en un mundo donde lo desechable le gana a la reparación. Los artesanos del calzado también viven un momento difícil porque las débiles barreras de entrada a las marcas extranjeras hacen que los precios de venta sean imposibles de contrarrestar para el esforzado emprendedor. Eso ya estranguló en la última década a las grandes empresas del rubro (Jarman, Calpany, Guante) y lo que sigue es el artesano con su pyme. Lamentablemente hoy como ley de mercado y en el gesto del consumidor el precio vence a la calidad de los productos, al trabajo bien hecho. De pronto tampoco nos dimos cuenta y desapareció en nuestras propias narices el suplementero, el “canillita” que voceaba los diarios en las esquinas de los semáforos o en el centro de Santiago.

El fabricante de escobas de paja también sufre la amenaza del plástico, todavía quedan algunos en Pelequén, pero no sé si a la generación siguiente le interesará preservar el oficio.

-Sabemos que estás en el proceso de la segunda parte de Historias con Oficio. ¿Cuál será el énfasis con respecto a la publicación original?

- El contenido es similar, pero ahora haremos justicia paritaria en la selección de los ocho nuevos entrevistados porque ya que al menos cuatro de ellos serán mujeres. La dinámica es exactamente la misma: personajes con oficios muy singulares, vigentes, y que nos puedan hablar desde el presente, pero también con el retrovisor de su actividad y con perspectiva de futuro. Las historias personales deben ser potentes y entrañables para entrar como un sobrio pretexto al corazón de su oficio como lo hicimos en la primera entrega y que gustaron tanto. Todo por cierto con el respaldo del lente de Richard Salgado que ayuda que la fusión de relatos e imágenes sea una experiencia exquisita.



Mario Cavalla, Santiago a pata

Entrevista realizada por Javiera Ovalle, D.E Fundación Planea a Mario Cavalla, Junio 2020.

Fotografías del libro “Historias con oficio” Richard Salgado